

# La consciencia de la incertidumbre

Margarita Dalton



Abro los ojos por la mañana y veo el sol. Un concierto de pájaros se adelantó para saludarlo. El cielo azul y el calor penetran cada poro. Hoy es un día menos de este encierro, pienso en la libertad de las aves de múltiples colores. El sonido de las chicharras vibra constante, se supone que están llamando a la lluvia, que no llega. Y todas esperamos que el cielo se anime y caigan las primas gotas.

Añoro el olor a tierra mojada, el rumor de las gotas cayendo; de pronto el relámpago y el cielo se estremece con un rayo en el horizonte. Es la electricidad que cruza y penetra la tierra, toca su fuego y la hace vibrar.

Me pregunto ¿cuál es la frontera de mi misma? ¿es la piel, el pensamiento o las emociones? Pienso en mis amadas y amados seres que tanto me han dado. Agradezco la vida y su presencia en la mía. Nombrarles ahora sería apresurarme, no por el olvido, sino porque cada encuentro ha estremeci-

do mi porosidad de forma distinta. Una presencia amada no tiene fronteras, ni lugar lejano donde se encuentra, en la memoria se vuelve parte de una. Así crecí, así crezco, no puedo imaginar la vida sin ustedes.

¿Qué es la frontera? ¿Son mis oídos la frontera del sonido? ¿es mi boca la frontera del sabor? ¿Mi nariz la frontera del olor? ¿Mi piel la frontera del sentir? Esta división de los sentidos se interrumpe en el ser único de cada una. Es una arbitrariedad la frontera, un planeta que nos envuelve a todas y todos, la madre tierra, no tiene fronteras. Estamos a prueba. Ahora más cerca y más lejos, nos dejamos pasar las horas en el rompimiento de la prisa y en la extensión de la pausa. Como si nuestro metabolismo se hubiera transformado y renaciera un nacer distinto en el sentimiento de nuestro tiempo.

¿Ser o no ser?, no es una pregunta que me agrade. La consciencia de la incertidumbre parecería haberla formulado antaño, no hoy, soy mientras respiro y sueño. Porque la vida pasa de un sueño a otro y tampoco acepto la pregunta ¿soñar o no soñar?, sé que esto caerá mal y se interpretará como soberbia, pero siento con humildad que tengo derecho a soñar. Y que otra cosa puedo hacer cuando quiero cambiar aquello con lo que no estoy de acuerdo. No quiero la violencia que se ejerce contra las mujeres, quiero cambiar esta situación y sueño con poder hacerlo. No acepto que se desperdicie el talento de niñas y jóvenes simplemente porque nacieron en una familia dominada por un señor que piensa que las mujeres no deben estudiar y no manda a sus hijas a la escuela y sueño con el derecho de todas las niñas y jóvenes a estudiar y transformar el mundo. No acepto tener miedo al caminar por las calles de noche, miedo a ser asaltada, violada, golpeada o asesinada... pero ahí está el fantasma y es un miedo que me ha acompañado toda la vida y sueño con que no



existe, con no tener miedo. Y me despierto con una sonrisa a pesar de que la realidad no ha cambiado.

“La justicia hace la caricia”, decía la abuela de mi querida amiga y es verdad, en el anhelo de encontrar justicia estoy buscando la ternura y el rompimiento con la impunidad. Si la justicia fuera una realidad no estaría soñando con ella.

Regreso a la circunstancia de las chicharras y el encierro que me obliga a estar quieta, tratar de no pensar en todo. Recordar a mi madre, a mi padre, y mis amores, Leo, Rodrigo, Julia, Roque, Juanita, Ángela. Amigas queridas que me han dado tanto como Mariángeles, Fifi, Tatica, María, Montserrat, Peggy, Blanca, Beatriz, Carmen, Haydee, Clara, Lila, Anita, Ana, Esther, Martha, Lina, Marcela, Aline, Silvia y Ana Mireya; amigos queridos como Francisco, Daniel, Enrique, Fredy, Manolo, Luis, Virgilio, Cándido, Rafael, Ricardo, Salvador, Salomón, Paul, René, Alejo, Adrián, Cesar, Manolo y Carlos son mi carne y sangre, alma y espíritu compañía en la memoria y en la despedida. Todas y todos, son la urdimbre de mis recuerdos y trama de mis sentimientos, de alegrías, dolores y sufrimientos, de encuentros y despedidas.

Rosario decía: “Nadie puede vivir o morir sino con otro” y así es. Estamos al filo del agua, de la navaja, del infinito y respiramos todavía.

San Francisco Lachigolo, Oaxaca, 28 de abril 2020

